

Colgó el teléfono, apoyó los pinceles en la repisa de la chimenea y se dejó caer en el sillón en el mismo momento en el que Andrea aparecía sonriente por la puerta del estudio. Sin mediar palabra, ella supo de inmediato que una vez más se hallaba ante el abismo.

Los ojos claros de Arturo siempre fueron un libro abierto, incluso ahora -tristes y ausentes- le avisaban con nitidez que el felino se acercaba, presto a dar el gran zarpazo.

Sobreponiéndose a sus propios pensamientos, preguntó:

-¿Quién era?

Silencio.

-¿Qué pasa Arturo?

-Era Christian. Dice que Jaime y Erika se han matado en un accidente con el coche, cerca ya de la capital. Regresaban de la finca. Un accidente de coche, ya ves, así le dicen cuando dos idiotas se parten todo lo que Dios les dio... Que no sabe más, que volverá a llamar en cuanto se entere de algo.

*¡Mierda!, también Christian podía haber hablado antes conmigo
-pensó rabiosa Andrea-, pero no puedo culparle, es injusto.*

¿Qué mierda sabe nadie lo que es vivir con el pánico a las palabras, a la lluvia, a las noticias, a la visita de una sombra imprevista? ¿Qué sabe nadie lo que es convertirse en guardián, en médico, en madre, en muleta, en reina del disimulo...cuando antes me bastaba con ser una esposa?

Andrea procuraba atender siempre el teléfono, acudía corriendo desde cualquier lugar de la casa en cuanto lo oía sonar, casi como una obsesión, una forma infantil quizá de protegerle contra lo inútil, y acomodar lo inesperado, lo absurdo, lo triste que pudiera surgir en el día a día. Sabía lo importante que era dosificarle la vida, procurarle el equilibrio emocional, intentar estirarlo por cualquier medio al alcance.

Ella creía que Arturo no se daba cuenta, cuando disimuladamente descolgaba el teléfono mientras se duchaba o salía a hacer las compras, para poder así evitarle las llamadas convencionales que a él le sacaban de quicio, especialmente en las temporadas nefastas en las que Arturo andaba inmerso en la depresión o cuando veía a la fatiga merodear como una amenaza.

Lo cierto es que a él no sólo no le importaba lo que ya tenía visos de ser más una manía de Andrea que una necesidad suya, sino que, muy al contrario de sentirse intimidado por los excesos protectores de su mujer, lo agradecía infinitamente. Prefería sentirse un tanto ajeno al mundo exterior, en realidad no soportaba a la gente, sobretodo cuando se enfrascaba en la pintura y sentía la energía recorrerle el cuerpo. Pero nunca se lo dijo a Andrea, pensaba en el fondo que ella interpretaría su manifiesto aislamiento como una muestra más de abulia, como un rasgo enfermizo y no como una liberación conquistada. ¡Cómo para decirle a ella que también la enfermedad tiene sus cosas positivas!.

Además la idea de quitarle ese protagonismo protector tampoco le convencía, sin saber muy bien las razones.

Ya llevaban conviviendo con ese infierno más de diez años, desde aquel día en que otra llamada de teléfono, otra maldita frase, otra mala noticia desencadenó la enfermedad, le descolocó de tal manera que se vino abajo de la noche a la mañana. Coincidiendo con una gripe pidió la baja en el Centro Estatal y no salió de la cama durante veinte días. Luego, el paisaje del infierno se instaló en la casa y él se descolgó de la realidad sin sutilezas ni romanticismos.

Andrea vio de nuevo en los bellísimos ojos de su marido la imagen del vacío sin reposo, la impotencia de sentirle arrastrado por el silencio corrosivo, el repliegue de las fuerzas ante cualquier hecho vital o intrascendente. Recuerda con demasiada nitidez aquella primera vez en que sintió ese extrañamiento caótico que se adueña de sus vidas cada cierto tiempo...

Arturo acercó el sillón a la ventana.

-¿Estás bien?. Se sintió un tanto estúpida haciendo esa pregunta, pero qué demonios iba a preguntar sino.

-Sí. ¡No te preocupes ! Ya no pensaba seguir pintando, estoy un poco cansado. ¡Anda, déjame solo!

-¿No prefieres que me siente contigo un rato?

-No, sólo estoy cansado.

Andrea, muy a pesar suyo, salió de la habitación, abatida, sintiendo cómo se iban por la borda los progresos de los últimos meses.

Presentía que una vez más el Arturo que ella amaba se desvanecería en una nebulosa de violencia contenida, en un quedarse a oscuras escuchando la intimidad del corazón desconcertado. ¿Cuánto tiempo tendría que convivir con ese extraño al que amaba, del que todo sabía y del que todo desconocía?.

Arturo apuró la Heineken y en un gesto casi automático prendió un cigarrillo, - no es momento para reprimir lo más sano que me meto en el cuerpo desde hace mucho tiempo, hasta siete pastillas diarias - memorizaba los nombres mientras apuraba la calada - prozac, anafranil... los ojos cerrados, recostado en el sillón.

¿Por qué la he mentido? ¿Por qué le he dicho a Andrea que no iba a pintar más si lo cierto es que no he hecho nada en toda la tarde?

¡Qué ingenuidad la mía! Ella lo controla todo, sabe si avanzo o no en un cuadro, si consulto un libro, si leo el correo, ella lo sabe todo, lo observa todo atentamente, todo lo intuye, todo lo ve, ¡una bella gestapo mi Andrea!

¿Además a quién voy a engañar con esta pinta de descerebrado?, que me olvidé, que no tuve tiempo, que no tuve ganas, que no lo sabía...

Qué más da con qué palabras intente fortificar el desconcierto, cerrar el paso al caballo negro que me arrastra despiadadamente a ese desierto de indiferencia progresiva en el que se consume mi voluntad.

¿Por qué carajo lo has hecho Jaime?. Sólo Christian y yo sabemos esa mandangada de empotrarse debajo de un camión.

Y yo, que me quedé tranquilo cuando Christian me contó que te había conseguido la pistola pero que tu ya no la querías.

¡No se puede ser más imbécil! ¿Por qué no lo vi venir? ¿Cómo me dejé engañar -precisamente yo- de tu aparente docilidad, de tu risueña comprensión ante la decepción?

¿Recuerdas la novela “Al filo de la navaja” y sus personajes, Sofía, Larry...? Yo vivo mi locura. En la conciencia de ella puedo tocar la cordura, sólo le separa el filo de una navaja.

No amigo, no tiene gracia encontrarte a tu mujer con otro, no sé cómo hubiera reaccionado yo, pero ¡hay que joderse! si somos sinceros, nosotros también somos otro desde el primer momento en que la gata te asalta, clava su mirada felina y te inmoviliza... Entonces ya nada es igual...quedas a su merced, privado de energía, hasta que decide soltarte cuando sabe que por esa vez no puede sostener más el combate, que pierde el embite ante el obstinado litio, prozac o lo que toque.

Qué paradoja cabrearse porque tu mujer esté de vez en cuando con otro de su elección, cuando nosotros las obligamos a vivir durante años, día a día, con un desconocido al que no eligieron como compañero, y cuya compañía además de no ser siempre grata, les abrumba, angustia y esclaviza.

Pensaba en Andrea.

Yo diría que es un infierno mayor el de ellas. No pueden esconderse bajo las sábanas, no pueden bajar la guardia. De su fortaleza dependen nuestros amaneceres, de su constancia, el reloj de los medicamentos, de su compañía nuestra lucidez, la seguridad de que saldremos de la crisis, de que venceremos el miedo a perdernos una vez más.

Veía el rostro dulce de Andrea.

Ella está siempre ahí. En las noches de insomnio la observo a mi lado, confiada, y eso me tranquiliza, su sueño me dice que no todo está perdido entre nosotros. Ella está siempre ahí, para reconstruirme el tiempo.

Trataba de recordar ahora, cuánto tiempo había pasado desde la última vez que hizo el amor con ella.

Por su memoria pasaban los cientos de veces que se había negado a salir de casa, que le había frustrado paseos, salidas al cine, que la había condenado a vivir casi como una viuda, que había permanecido encerrado en su estudio disfrazando la abulia en vena creativa, imponiéndole a ella una cierta culpabilidad injusta ante la impotencia, ante su imposibilidad para encontrar un vía de comunicación con él.

- Estoy cansado, no tengo ganas...vete tú sola.

Cuántas veces se había agarrado al mero hecho de su existencia para no perderse, para regresar y poder reconocerse a si mismo en sus manos temblorosas, en su perfil delgado, cuántas veces la serena presencia de Andrea le había rescatado de la mirada huidiza de la memoria o de las garras obsesivas y destructoras del pasado.

Me tomaría otra cerveza, pero no pienso levantarme, me pesa el cuerpo, me pesa el tiempo, me pesa tu no vida amigo.

¿Qué has hecho, Jaime? Quizá no estés tú tan equivocado y sea yo el cobarde, ¡mierda!

Mañana será otro día, amargo, imbécil, inútil, en el que me pesará demasiado el pensamiento como hoy, como más días del pasado y del futuro.

Andrea revolvió en el cajón de la cómoda, - pero si aún quedaba anafranil para un par de semanas, precisamente lo miré el otro día, como si hubiera adivinado que iba a hacer falta- Aquí está. De todas formas tendré que ir a por la receta.

-Ya es mala suerte, justo ahora que estaba genial, que andaba ilusionado con la exposición en el Museo.

A saber lo que se va a llevar de nosotros esta recaída, porque me temo que vamos a sufrir una buena recaída.

¡Qué barbaridad! ya hablo en plural, como si los dos padeciéramos lo mismo, como si los dos sufriéramos recaídas y los dos saliéramos de ellas, y los dos nos hundiéramos y los dos ... bueno, a decir verdad, somos los dos los que la aguantamos, peleamos, tememos, sorteamos, los dos los que nos agotamos y nos perdemos en esta callada soledad, en esta intimidad compartida con la bestia negra.

Andrea era consciente de que en cada recaída de Arturo, ella se sentía más cansada, más inerte, y se encerraba en pensamientos laberínticos. Siempre había disfrutado con él de la conversación, del análisis de lo que sucedía a su alrededor; comentaban las noticias al mediodía, en la sobremesa; hablaban tanto de los conflictos como de las banalidades del día a día en el Estatal de Arte. Arturo gozaba de un humor magnífico; Andrea siempre había admirado su agudeza, la facilidad con la que soslayaba la mezquindad; la ironía que destilaba su inteligencia ante el caciquismo ignorante de los burócratas y santones de la cultura con los que tenía que lidiar.

Era fascinante participar de esa capacidad que él poseía para situar un hecho en su punto objetivo, lo desmenuzaba con precisión, analizaba y reconstruía como un puzzle.

Ahora todo era distinto. Sabía por Pancho que Arturo tampoco era el mismo en el despacho. Su bien conocida precisión para establecer juicios, su invulnerable sentido para la crítica, su capacidad de decisión, que le habían hecho ganarse el respeto de todos los departamentos, - cariñosamente le llamaban “el patriarca” - habían dejado paso a la indecisión, a la obsesiva necesidad de consultar hasta lo más nimio; solicitaba cada dos por tres informes y consultas al departamento de arte, publicaciones, economía... Sólo los colaboradores más cercanos eran conscientes del cambio, y en verdad no les preocupaba lo más mínimo ya que de ningún modo alteraba la marcha de los proyectos, sólo los retrasaba. Esa vorágine de idas y venidas de papeles y opiniones era la práctica habitual en el Estatal, así que simplemente se acomodaron al cambio.

Pero Arturo lo vivía como un laberinto insoportable, cada indecisión, cada duda, la sentía como una amenaza, una lamentable torpeza. Sentía cómo su persona se diluía en debilidades estúpidas, cómo su yo más reconocible se degradaba ante todos.

Como cuando Pancho le sorprendía en su despacho solo, gritándose una y otra vez: ¡imbécil, estás hecho un tarado!. O aquella mañana en la que presencié cómo Arturo rompía en un llanto triste ante una lámina de “la Biblia” de Chagall.

Andrea miró el reloj de la cómoda. Las 8 y media. La tarde se había consumido en pensamientos.

-En pensamientos se va consumiendo la vida- asintió en voz baja.

Salió del dormitorio y tras dudar unos instantes, abrió la puerta del estudio.

Arturo seguía tirado en el sillón, con la vista clavada en la ventana. Al oír entrar a su mujer, movió lentamente la cabeza hacia la puerta, no tanto por curiosidad o cortesía, como por rabia.

-Y ahora ¿qué demonios quieres?

Andrea se sobrepuso estoicamente a sus ganas de soltarle ¡púdrete! y con una dulzura imposible se atrevió a decir:

- Voy a preparar algo para cenar. ¿Qué te apetece?

- No quiero nada, cena tú; no tengo ganas de comer, no tengo ganas de nada. Bueno sí, si me haces el favor, tráeme una Heineken.

- No crees que una Heineken, y ya van dos hoy, es lo menos indicado para ti.

- Me importa una mierda si es lo más o lo menos indicado para mi... ¡Sólo me faltaba, también tú! Cómo si yo no supiera lo que puedo o no puedo hacer. Mira, si quieres ser útil, deja de jugar a los médicos y tráeme esa cerveza ¿vale?.

Andrea le sostuvo la mirada con firmeza.

- Si quieres esa cerveza, levántate a por ella, no tengo necesidad alguna de serte útil.

Se dio la vuelta y lentamente, sin esperar nada de él – ya estaba acostumbrada a su irritabilidad, a sus cajas destempladas – salió de la habitación. Cerró la puerta despacio, a pesar de que el pulso le temblaba y las lágrimas le invadían el rostro.

Dejó su cuerpo resbalar pegado a la pared. ¡No puedo más! ¡Otra vez, no puedo más! ¿Cuándo se va a acabar esto?

Sentada en el suelo, vencida, Andrea repetía como una autómatas:

- No es él, no es su culpa, no tengo que tenerse en cuenta, no, no es él, es la maldita enfermedad.

Pero, ¡no puedo más! Este vivir en vilo me mata.

- No es él, tranquila Andrea, es la maldita enfermedad, luego vendrá arrepentido, ya verás, como otras veces. No es él, sólo tengo que aguantar, mantener la calma, no puedo aflojar, tienes que hacer oídos sordos. Cuando está así...es otro.

Pero lo cierto es que no puedo más, estoy agotada, ya no tengo ganas de seguir ni yo, ¿Qué futuro me espera? ¿Y si con la edad esto va a más? ¡Qué espanto!

¡Vale ya, Andrea! Me voy ahora mismo a la cocina, preparo una cena liviana, algo rico, una ensalada templada de pollo, - sí - con queso, ah! y salsa de mostaza – qué le encanta a Arturo- y vuelvo a la carga. Seguro que pica algo...

Respiró hondo. Mañana será otro día y estaré más animada. Hoy no ha sido una tarde lo que se dice fácil.

Sonó el teléfono, Andrea se incorporó como un rayo del suelo, corrió al salón y levantó el auricular.

Era Christian.

TÍTULO :

UNA MIRADA FELINA
A TU ESPALDA

LEMA : MÉXICO